

06.

La pulsión de muerte como metáfora para pensar las operaciones de memoria y olvido en el archivo

Death drive as a metaphor for memory and oblivion operations in the archive

recepción: 20 de noviembre de 2018
aceptación: 11 de diciembre de 2018

Ricardo Nava Murcia
Universidad Iberoamericana



Resumen

El objetivo de este trabajo es mostrar uno de los aportes de la teoría psicoanalítica: la hipótesis especulativa de la pulsión de muerte desarrollada por Freud como metáfora para pensar qué es aquello silencioso que habita el archivo. La pregunta guía es la siguiente: ¿cómo entender la pulsión de muerte que opera silenciosamente en el archivo en un contexto de “saturación de memoria”? Ante esta cuestión, se propone que el archivo está habitado por una pulsión de muerte, la cual no debe ser entendida como olvido en su oposición con la memoria, como la *différance* entre memoria y olvido; esto es, como la designa Derrida, una pulsión de pérdida que abre distintos retos al trabajo historiográfico en un contexto donde los tradicionales y nuevos modos de archivación, registro y conservación, están saturados por un deseo absoluto de memoria, de recordarlo todo como guerra contra el olvido.

This paper aims to show one of the contributions of psychoanalytic theory: the speculative hypothesis of death drive, as developed by Freud, in terms of a metaphor to figure the silent entity that inhabits the archive. The guiding question would be: how can we understand the death drive silently operating in the archive within a “memory saturation” context? This paper maintains that the archive is inhabited by a death drive, which should not be intended as mere oblivion opposed to memory, as the *différance* between memory and oblivion; it rather is, as Derrida points out, a loss drive that poses diverse challenges to historiographic work, within a context where both traditional and new archiving, registering and preserving methods find themselves saturated by an all-pervading longing for memory, for absolute remembrance as a war against oblivion.

Palabras clave:

pulsión de muerte, archivo, memoria, olvido

Keywords:

death drive, archive, memory, oblivion



Para el propio Sigmund Freud, la pulsión de destrucción no será ya en adelante una hipótesis discutible. Aun si esta especulación no reviste nunca la forma de una tesis firme, incluso si no llega a plantearse jamás, ella constituye otro nombre para Ananke, la necesidad invencible. [...] Además, esta pulsión de tres nombres es muda (stumm); está operando, pero al obrar siempre en silencio, nunca deja un archivo que le sea propio. Destruye su propio archivo por adelantado, como si fuera ésta en verdad la motivación misma de su movimiento más propio. Trabaja para destruir el archivo: con la condición de borrar, más también con el fin de borrar sus “propias” huellas —que, por tanto, no pueden ser propiamente llamadas “propias”. Devora su archivo, antes incluso de haberlo producido, mostrando al exterior.

—Jaques Derrida, *Mal de archivo. Una impresión freudiana* (1997: 18).

El siguiente trabajo es parte de una investigación más amplia, que por ahora se presenta como una nota para reflexionar sobre aquello que Freud hace con la historia: pensar los mecanismos que mueven las relaciones con la memoria y con el olvido en la historiografía al tratar con el archivo. El objetivo es mostrar, de manera breve, uno de los aportes de la teoría psicoanalítica: la hipótesis especulativa de la pulsión de

muerte —tal como fue desarrollada por Freud— como metáfora para pensar qué es aquello silencioso que habita el archivo, que como un empuje resguarda, conserva, pero también destruye y olvida.¹ La pregunta básica es: ¿cómo entender la pulsión de muerte que opera silenciosamente en el archivo en un contexto de “saturación de memoria”? Se propone que el archivo está habitado por una pulsión de muerte, la cual no debe ser entendida como olvido en su oposición con la memoria, más bien como la *différance*² entre memoria y

¹ Es por esto que el presente trabajo busca continuar el camino abierto por Derrida en su libro *Mal de archivo*, quien invirtió la metáfora del aparato psíquico como un archivo a la del archivo como un aparato psíquico y, por tanto, amplía las consecuencias que se desprenden para pensar las relaciones que el historiador mantiene con el archivo al momento de escribir historia.

² Con la palabra *différance*, Derrida emplaça una conceptualización que tiene su complejidad en cuanto a lo que es y no es, si acaso esta palabra puede explicarse en términos de ser. Se trata de un gesto que pone en acción, por una parte, la denuncia de que toda escritura es fonética (que implica la prioridad de la voz por encima de la escritura), al introducir el cambio de la letra “e” por la “a”, pues con ambas la palabra se pronuncia igual, pero su diferencia (con “a”) sólo es visible en la marca gráfica y no audible; por la otra, la recuperación de una semántica olvidada históricamente en el origen de la pa-



olvido, que al final no es otra cosa que una pulsión de pérdida que abre distintos retos al trabajo historiográfico en un contexto donde los tradicionales y nuevos modos de archivación, registro y conservación están saturados por un deseo absoluto de memoria, de recordarlo todo como guerra contra el olvido; estos son retos, por ejemplo, que tienen que ver con las formas de tramitación del duelo, con las relaciones entre lo público y lo privado, y las cuestiones de la fragilidad de los nuevos soportes de archivación, entre otros.³

La pulsión de muerte en el contexto de su metaforología

La psicología del siglo XIX teje lo que Alberto Fragio ha llamado “una trama conceptual del pasado científico”, que pondría en escena formaciones específicas en campos del saber, como las transferencias de categorías de la física

labra “diferencia”, que no designaría solamente que algo es diferente a otra cosa. Se trata de la recuperación del verbo latino *differre*, que implica la acción de diferir y de diseminar. Así, la palabra *différance* recupera una semántica temporal y una espacial. En cuanto al sentido temporal, por *différance* Derrida recoge la acción de posponer, retardar, reservar, resguardar, o bien, dejar para más tarde; en sentido espacial, recobra la acción de desvío y diseminación. Por tanto, el sentido de una palabra o de un texto está a la deriva de su *différance*, siempre pospuesto, diferido, desviado y esparcido. Esto implica que toda decisión está pospuesta, que nada es absoluto porque está en constante movimiento diferido (Derrida, 1998: 37-102).

³ Estos retos son referidos aquí como ejemplos de problemáticas presentadas por la reflexión sobre el archivo a partir de la metáfora de la pulsión de muerte. ¿Cómo una sociedad tramita sus duelos cuando insiste en re-



a la psicología. Esto permitió la construcción de determinadas metáforas de la subjetividad; por ejemplo, las metáforas de “energía mental”, “fuerza de voluntad” y “descargas emocionales” configuraron una red metafórica, conceptual y ontológica de la psicología de finales del siglo XIX. Las fibras nerviosas son análogas al cableado telegráfico, como las metáforas de “carga”, “descarga” y “energía” tienen su condición de posibilidad en la batería voltaica. Este ejemplo muestra, según señala Fragio, cómo la realidad física se iguala a la realidad psíquica. El psicoanálisis abrevará de categorías y conceptos de la física, la psicología, la neurología y la biología, entre otras, para la construcción de un conjunto de metáforas que representan los procesos y naturaleza del aparato psíquico, estableciendo analogías entre las realidades de cada uno de estos campos con dicho aparato (Fragio, 2016: 13-62).

Explicar la constitución de eso que Freud nombró “psique”, “aparato psíquico” o, incluso, “aparato anímico”, representó todo un problema de inconceptualidad⁴, del cual probablemente no se tenía mucha conciencia hacia finales de la penúltima centuria. La configuración del psicoanálisis no sería ajena a este tipo de transferencias provenientes de otros campos y tendría la finalidad de igualar la realidad física o biológica a la realidad psíquica; tampo-

co sería ajena a las problemáticas de inconceptualidad que pretendían explicar lo que se había venido definiendo como conducta, personalidad, melancolía, trastornos mentales, histeria o neurosis.

La operación que realizó Freud sería la puesta en escena de una construcción metafórica, es decir, de toda una red de metáforas unidas entre sí que le permitirían hilar una reflexión al vincular su objeto con otro totalmente distinto que, si bien no tendría ninguna correspon-

cordarlo todo sin plantearse el olvido como otra forma de enfrentarlos? ¿Cómo la diferencia entre lo público y lo privado se distingue en los archivos a partir de las leyes de protección de datos personales y de transparencia? ¿Cuáles son los efectos que en el trabajo de todos aquellos que gestionan la memoria (historiadores, conservadores, archiveros, artistas, etcétera) tendrán los nuevos soportes de archivación con el paso del papel, u otro soporte, a lo digital? Éstas son problemáticas que en este ensayo no se abordarán por ahora, pero que quedan señaladas para resaltar la importancia de una reflexión sobre el archivo y la pulsión de muerte que lo habita. Derrida ya había llamado la atención sobre algunas de estas problemáticas que abren la reflexión sobre el concepto de archivo (1997).

⁴ Se aclarará el término “inconceptualidad” en la p. 5, cuando hablemos de Hans Blumenberg.



dencia estable en la designación, ganaría al ofrecer el objeto a la razón, no en términos de una teorización del objeto mismo en cuanto a su consistencia, sino en términos de una construcción práctica para comprender la constitución del aparato psíquico. Freud construyó conceptos a partir de transferencias metafóricas que no fueron tomadas de manera acrítica, pues estuvieron adscritas a sus horizontes científicos, mitológicos e históricos. Por lo tanto, la trama metafórica tejida por la teoría psicoanalítica freudiana ofreció explicaciones que pretendían estudiar la conducta y el sentido del mundo o de la existencia, poniendo el pasado en el presente para intentar dar cuenta de los destinos de las pasiones del ser humano y su infranqueable malestar en la cultura.

Todo lo dicho anteriormente tiene relación con lo que Hans Blumenberg teorizó como paradigmas para una metaforología.⁵ Una construcción teórica, analítica e histórica permite justificar y tramitar tanto la construcción metafórica freudiana para explicar el aparato psíquico, como la textura de una red metafórica tomada del psicoanálisis para reflexionar sobre la relación que, como historiadores, tenemos con el archivo y su conceptualización, así como con sus operaciones en torno a las interacciones de la memoria y el olvido en un escenario saturado por la primera.

Blumenberg parte de la teoría de la inconceptualidad, que vuelve pertinente el estudio de las metáforas como lo propio de la historia conceptual y cuyo objetivo es indagar qué tipo de carencia lógica es aquella en la que la metáfora sirve de sustituto al cuestionar sobre qué presupuestos tienen legitimidad las metáforas en el discurso filosófico (2003: 44-45), pero también en el de la cultura científica.⁶ La teoría de la inconceptualidad puede explicarse de la siguiente manera: en el contexto de esta insuficiencia del lenguaje, la vida práctica se articula lingüísticamente

⁵ Blumenberg entiende la metaforología como el estudio, tratamiento, legitimidad y usos de la metáfora en los discursos que corresponden al ámbito de la ciencia, de la filosofía y, en general, del discurso teórico. En este sentido, las metáforas son catalizadores que relacionan la fantasía y el logos, enriqueciendo el mundo conceptual y posibilitando el sentido que requieren las aspiraciones de la ciencia. Al ser transporte de la reflexión sobre un objeto de la intuición, las metáforas suplen otro concepto totalmente distinto (2003: 47-48).

⁶ Alberto Fragio designa por cultura científica la creciente mundialización de la ciencia que se dio desde el surgimiento de la racionalidad científica y, con mayor fuerza, durante la Guerra Fría. De ahí que, en la actualidad, se puede considerar la ciencia como una de las grandes culturas mundiales (2017: 150-151).



con el uso de metáforas. Éstas se trasladan desde sus propios ámbitos de experiencia hacia el campo de la cultura científica, pues ésta se topa con el mismo límite del lenguaje al intentar conceptualizar todo fenómeno del mundo de la vida.⁷ Podría decirse entonces que en el concepto hay una falta que lo vuelve incapaz de referirse al mundo a partir del logos. Por tanto, las metáforas son las que constituyen el suplemento que compensa esa falta que hace inconceptualizable algo; son la prótesis de una pérdida.

La pulsión de muerte como metáfora que representa los procesos del archivo

En 1920, Freud introduce en su libro *Más allá del principio del placer* (2015) el concepto de pulsión de muerte, a modo de una hipótesis especulativa. Se trata de una metáfora de dos términos, “pulsión” y “muerte”, los cuales aparecen al interior de un conjunto de metáforas ontológicas e instrumentales propias de distintos campos de saberes de la época;⁸ esta

⁷ De hecho, para Blumenberg —quien sigue a Husserl— la metáfora introduce una disonancia, una especie de reparación que deviene metáfora (Blumenberg, 1995: 93).

⁸ Freud se refiere a esta pulsión tanto en singular como en plural. Se puede inferir que la nominación en plural se debe a que la inscribe al interior de la teoría de las pulsiones, mientras que, en singular, es la propuesta del concepto como hipótesis especulativa. Se puede anticipar una idea sobre la pulsión, según Assoun: “La pulsión es algo formado por cuatro elementos: un empuje psíquico (factor motor o suma de fuerzas); un origen en una zona corporal; la satisfacción como objetivo; y un objeto por medio del cual se satisface. La vida pulsional se caracteriza por pulsiones de vida y de muerte. Los destinos de la pulsión son: paso de la actividad a



metáfora deviene históricamente en la escritura metapsicológica de Freud, y particularmente en la teoría de las pulsiones, como esfuerzo por explicar el funcionamiento del aparato psíquico al interior de una problemática específica surgida en la clínica: el problema de cómo se entrama lo pulsional con la compulsión de repetición y si hay o no algo más allá del principio del placer (Freud, 2015: 18-19).

Placer y displacer se originan a partir de la cantidad de excitación (cargas de energía) presente en la vida anímica. El displacer corresponde a un aumento de esa cantidad y el placer a su disminución. Freud había estado seguro de que el gobierno del principio de placer en la vida anímica se sustentaba en la hipótesis del principio de constancia: el mantenimiento lo más bajo posible o constante de la cantidad de excitación, es decir, de displacer. De tal manera, el principio del placer es derivado del principio de constancia (7-9). Sin embargo, se presenta un problema en que, para Freud, es incorrecto hablar de un imperio del principio del placer, porque, si así fuera, todos los procesos anímicos deberían llevar al placer, pero la experiencia de la vida misma lo contradice: “en el alma existe una fuerte tendencia al principio del placer, pero ciertas otras fuerzas o constelaciones lo contradicen, de suerte que el resultado final no siempre puede corresponder a la tendencia al placer” (9). Estas fuerzas o

dificultades del mundo exterior no permiten que el principio de placer gobierne la vida anímica. En esta problemática, Freud busca dar cuenta de la relación entre compulsión de repetición y pulsión de muerte.

¿Qué relación guarda la compulsión de repetición con el principio del placer, esto es, la exteriorización forzosa de lo reprimido? Lo que la compulsión de repetición hace es provocar displacer evocando vivencias pasadas que no contienen posibilidad alguna de placer. En la vida anímica existe una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio del placer. Dicha compulsión es

la pasividad, reemplazo de un objeto por la persona misma, la sublimación (intercambio de un objeto por otro) y, la más importante, la represión” (Assoun, 2002: 44, 47-48).

⁹ Green menciona que el antecedente histórico fundamental de la pulsión de muerte tuvo su génesis desde “El proyecto de psicología”, en cual Freud ya englobaba implícitamente la cuestión de la muerte, disimulándolo en nombre de una paz del alma, cuya existencia tiene la forma de un anhelo piadoso (2014: 40-50).

¹⁰ Freud pone como ejemplo que, a través del principio de realidad —la ley cultural en nombre del bien común—, se renuncia a la satisfacción o se difiere ésta para lograr el placer. Aunado a esto, también menciona los casos en los que la represión transforma un



más originaria, más elemental —dice Freud—, más pulsional que el principio del placer que ella destrona (20). Es el momento en que Freud cuestiona la relación entre lo pulsional y la compulsión de repetición, exponiendo la pulsión de muerte como metáfora explicativa con relación a toda la vida orgánica: “Una pulsión sería entonces un esfuerzo inherente a lo orgánico vivo, que reproduce un estado anterior al que renunció bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica” (36).

Si todo lo vivo muere, regresando a lo inorgánico, por razones internas, entonces la meta de toda vida es la muerte; siendo así, lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo. Hay, por tanto, una tensión generada que implica que lo inanimado pugna por nivelarse, naciendo así la primera pulsión: regresar a lo inanimado. Es la pulsión de muerte la que reduce de manera total la tensión. Por tanto, el organismo sólo quiere morir a su manera, generándose una paradoja: el organismo vivo lucha con toda su energía contra influencias (peligros) que podrían ayudarlo a alcanzar su meta vital por el camino más corto (cortocircuito) (38-49).

Es generalmente aceptado que la trama conceptual freudiana abreva de campos de conocimiento de su época. Tanto Freud como Breuer se atienen a las exi-

gencias de condiciones de validez de esos medios científicos, los cuales tienen claro que los principios más generales de la física deben extenderse a la psicología y a la psicofisiología, ya que son esos principios la base fundamental de todo conocimiento científico (Laplanche-Pontalis, 2004: 287). Conceptos como el de pulsión, elasticidad orgánica, inercia de la vida orgánica, compulsión de repetición, aparato psíquico, fuerza, excitación o tensión, descarga, energía, así como los principios de placer, de realidad, de constancia y de nirvana, tienen su función metafórica, que se propone aquí, a partir de una hipótesis metaforológica e histórica explicativa, que puede ofrecer luz sobre los modos en que Freud intentó articular sus elucidaciones del funcionamiento de la vida anímica, particularmente en torno a la pulsión de muerte. Alberto Fragio sostiene que la psicología del siglo XIX generó determinadas —como él las nombra— metáforas de la subjetividad. Estas metáforas tienen su procedencia de unas muy particulares: las metáforas del movimiento mental.

posible placer en displacer, diciendo incluso que esto es ininteligible y no puede exponerse con claridad. Por otra parte, también constata que las neurosis traumáticas comprueban el fracaso del principio del placer (2015: 10-13).



Como se puede observar, se trata de conceptos y categorías transferidos de la física a la psicología.¹¹

Movimiento, velocidad, impulso, conceptos con los que describe la mente, serán para Freud una impronta recibida de su reflexión y articulación del concepto de pulsión de muerte. Describe la pulsión como una esfuerzo, un empuje que se entiende como una carga energética que procura un movimiento coordinado y complejo que hace que el organismo tienda a un fin. El término ha sido traducido como equivalente de la palabra alemana *Trieb*, que significa ‘empuje’, y subraya esta característica y no tanto la fijeza del fin y del objeto. Obsérvese que se trata de una noción energética que distingue dos tipos de excitación a los que se ha sometido el organismo, descargándose a partir del principio de constancia (324-327).

Al interior o al exterior, pulsión de muerte, pulsión de agresividad o pulsión de destrucción, son el asedio espectral silencioso de una particular conservación de la vida anímica. Su actuar es una repetición constante en donde la inscripción de toda huella mnémica, esto es, en ese inscribirse de la repetición, disuelve la supuesta certeza entre lo que es memoria y lo que es olvido. De tal manera, la pulsión de muerte, como metáfora y concepto, puede permitir otros modos de pensar el archivo y las relaciones que el historia-

dor mantiene con la memoria y el olvido. En otras palabras, lo que se hará a continuación es una inversión metaforológica: así como Freud pensó la psique como un archivo en donde actúa la pulsión de muerte, se pensará ahora al archivo como una psique, también con actuación de la pulsión de muerte.¹²

¹¹ Hay que señalar que las hipótesis explicativas freudianas sobre el funcionamiento del aparato psíquico no se entienden, al interior del psicoanálisis, en términos de subjetividad (Fragio, 2017: 15).

¹² Para comprender más la metáfora de la pulsión de muerte, inserto como nota otra metáfora, que ya ha sido explicada en otros trabajos (Nava Murcia, 2018: 145-170). Freud metaforiza el funcionamiento del aparato psíquico explicando la función de la memoria y de la percepción, en las cuales se manifiestan las diferencias entre represión y supresión. Lo que percibimos del mundo exterior se imprime como huellas mnémicas en alguno de tres lugares: consciente, preconsciente e inconsciente. Las percepciones que se inscriben en el inconsciente son aquellas que escapan a la conciencia; están presentes, pero al mismo tiempo olvidadas. En la construcción de su primera tópica, Freud muestra que en la región inconsciente los recuerdos están dispuestos como un archivo en torno a un núcleo patógeno producido por lo que llamaré represión. Las huellas mnémicas son como una escritura que se imprime en un soporte de inscripción como memoria. El pro-



El archivo: la vida/muerte

¿Cómo opera silenciosamente la pulsión de muerte en el archivo dentro de un contexto de saturación de memoria? Para Derrida, ésta es una especie de mal radical que está activo en todas las operaciones propias del archivo: registro, impresión, inscripción, imprenta, escritura, consignación, conservación, custodia, manipulación, técnica, interpretación, restauración, etcétera. En éstas actúan la memoria y el olvido entre lo que se reprime o suprime, siendo la represión la marca muda en el soporte de inscripción mismo de todo esfuerzo de memoria. El concepto de archivo, que desde Derrida se propone aquí, es aquel que lo entiende como una máquina que recibe impresiones del exterior. Éstas se conciben como memoria y olvido, pues pueden inscribirse en su región inconsciente o preconscious, es decir, reprimirse o suprimirse, pues la región consciente recibe huellas de paso. Debemos pensar el archivo compuesto con esas mismas tres regiones que Freud propone para pensar el aparato psíquico. En el archivo, toda memoria reprimida puede entenderse como aquello que ha sido borrado al no inscribirse en la zona preconscious, ni pasar por la consciente. Se trata de acontecimientos olvidados, borrados, pero que dejan una

huella de su borradura, latente en los mismos soportes de inscripción, por ejemplo, en un documento.¹³

En consecuencia, esa marca muda, esa represión en el soporte mismo, está habitada por la pulsión de muerte, diluyendo la supuesta certeza entre lo que es memoria y lo que es olvido. Derrida la ha designado como una *pulsión de pérdida*, donde el archivo tiene lugar en el desfa-

ceso de inscripción sucede de la siguiente manera: el lugar inconsciente es insensible de conciencia, mientras que el preconscious puede llegar a alcanzar la conciencia funcionando como pantalla entre el inconsciente y la conciencia. Por su parte, la región consciente es incapaz de conservar huellas, funciona como estado de transición, es decir, las huellas se “registran” sin conservarse porque la conciencia carece de memoria. La represión, por tanto, consiste en la operación por medio de la cual el sujeto rechaza o mantiene en esa región inconsciente percepciones que deben ser alejadas de la conciencia. Por su parte, la supresión es también una operación psíquica que actúa en un primer sentido igual que la represión: mantiene alejado de la conciencia un contenido displacentero, y se distingue de la represión en que puede haber un carácter consciente de represión. Por lo tanto, lo psíquico es un aparato, esto es, una máquina y un archivo, que pone en juego una técnica y un modo suplementario de la memoria.

¹³ Véase, para mayores detalles de estas ope-



llecimiento originario y estructural de toda memoria. Paradójicamente, esta pulsión de pérdida empuja al olvido, a la amnesia y a la aniquilación de la memoria misma; es una fuerza que manda una borratura radical (1997: 19). Esto no quiere decir que eso latente, borrado, no pudiese recuperarse a partir de su resto, esto es, de la huella de su borrado, sino que la pulsión de muerte, en tanto olvido y destrucción misma del archivo, presenta el olvido de otra forma.¹⁴ Esta borratura ocurre silenciosamente, accionando siempre la posibilidad de su destrucción, esto es, de su desaparición. La pulsión de muerte en el archivo se entiende como ese destruirse para preservarse, es decir, reprime, borra para constituirse como archivo mismo. De ahí que el archivo no puede ser reducido a la memoria o al recuerdo, como tampoco al documento como mero auxiliar de la memoria. La inscripción en distintos soportes acciona la conservación mediante la repetición. Un acontecimiento archivado se repite, no sólo a partir de colocarse en nuevos soportes, sino en las reiteradas y múltiples interpretaciones del mismo; por lo tanto, su destino es una memoria en riesgo de olvido. Es lo que Derrida quiere decir cuando sostiene que el archivo trabaja *a priori* contra sí mismo (19-20). Este mal de archivo se hace patente en la actualidad, que muestra el actuar silencioso de este mal de archivo, ahí donde el deseo de conservarlo todo produce lo contrario.

La actualidad se caracteriza por una saturación de memoria (Robin, 2012), o bien, por una amnesia que reverencia la memoria (Dufourmantelle, 2015). En consecuencia, el tiempo presente es, como dice Dufourmantelle, el de una amnesia que hace culto a la memoria como no se había hecho antes. Se explota a través de todos los medios de comunicación, se le protege y se le construyen altares para poder usarla. Como lucha contra el olvido, se materializa en los museos, fundaciones, grabaciones, publicaciones póstumas y, por supuesto, en los archivos (50), a los que se debe agregar todo aquello que se genera desde el poder arcóntico: la censura, el derecho a la información, lo que es público y lo que es privado, así como el establecimiento legal de la autoridad hermenéutica legítima para su interpretación (Derrida, 1997: 9-13). Todo intento de borrar la memoria o toda distracción se mira con sospecha, incluso —sostiene Dufourmantelle—, la desapa-

raciones, el ejemplo que Derrida inserta en su discusión con Josef Yerushalmi (1997: 47-48); así como la interpretación que coloco en mi libro *Deconstruir el archivo. La historia, la huella, la ceniza* (2015: 145-153).

¹⁴ Otra problemática que se abre, y que no será tratada aquí, es aquella que se plantea desde la metáfora del retorno de lo reprimido. Lo aparentemente olvidado regresa disfrazado al presente.



rición de un indicio o de un recuerdo. Pero la lucha contra el olvido evita un vínculo diferente con el pasado¹⁵ y, hay que agregar, con el futuro de aquello que se muestra como acontecimiento. Para Régine Robin, incluso, la saturación de memoria se presenta en el orden de la compulsión de repetición, lo cual tiene como consecuencia que quede prohibida toda posible reconciliación con el pasado y toda distancia crítica (Robin, 2012: 33-38).

En esta trama de una memoria saturada, se puede entonces plantear la problemática que de algún modo endosa Dufourmantelle para pensar, aquí, el archivo: si bien, el hacer memoria es importante para una sociedad, esa pugna contra el olvido impide un vínculo diferente con el pasado o, en otras palabras, con el hacer memoria. Esto puede significar que asumir la pulsión de muerte sería suponer que la condición de posibilidad de toda memoria es el olvido. Implicaría asumir la *vida/muerte* de la *différance*, constitutiva de una pulsión activada por la repetición, esto es, por la pulsión de pérdida. Por tanto, podría asumirse el reto que envía Dufourmantelle a todo aquel que trabaja con memoria y los archivos: el olvido puede constituirse como un espacio de disponibilidad a lo inaudito.

Este reto recuerda aquí todo lo que Jacques Derrida dice sobre el aconteci-

miento como lo no calculable, lo no programable, aquello que llega sorpresivamente, sin haber sido ni siquiera pensado (Derrida *et al.*, 2006: 95). Ese otro modo de establecer un vínculo distinto con nuestra relación con el tiempo es quizá posible arriesgando el olvido que suscita el acontecimiento, en cuanto tal, como una espera sin horizonte de espera. Por eso el archivo no se reduce a la memoria, sino que tiene que ver con el porvenir, ahí donde ya no habría diferencia entre memoria y olvido.

Francisco Pereña, en su trabajo clínico, enfatiza algo que es muy importante: en lo psíquico no es posible vivir sin olvidar, ya que el olvido es como un límite que preserva lo vivo en el hombre (Pereña, 2002: 40). La pulsión de muerte en el archivo es el límite que lo preserva como tal, ese borrarse para preservarse como memoria. Para Pereña, hay una estrecha relación entre saber y olvido, que no se debe confundir con ignorancia. En con-

¹⁵ “El olvido es un golpe al esfuerzo de memoria, esta memoria que la humanidad se debe a sí misma. Mágica ficción. Utopía contra desastre. Con el pasado como una herida abierta que esta humanidad, la nuestra, quisiera archivar en un movimiento sin fin, recabando testimonios de genocidios, de atentados, de violencias inauditas, rescatando del silencio el destino de los sacrificados” (Dufourmantelle, 2015: 51).



secuencia, el olvido es el que da cuenta de ese límite, de esa *différance*. Se trata de un saber inconsciente que introduce esto que Pereña llama límite, aquello que hace posible la imaginación y el saber, puesto que lo que se puede imaginar no es necesariamente lo que sucedió. De esta manera, esta *différance* o límite, como lo nombra Pereña, implica que, en el archivo, proyecta al historiador el hecho de que no puede verlo todo, ni saber todo sobre el pasado. Así, el olvido aparece como constitutivo de aquello que le falta. Por ejemplo, no encontrar evidencia de lo que se busca no sería ignorar lo que probablemente aconteció, pero sí olvidar en tanto certeza de evidencia (41). ¿Qué es aquello que llega como inaudito? Pereña dice que la huella de un acontecimiento inauguraré el tiempo, pero, por lo mismo,

se presenta como una pérdida (49). Es la pulsión de pérdida constituida por su *différance*, aquella que puede hacer posible otro modo de entender el acontecimiento, aquello que llega imprevisiblemente, activo en el silencio.

Finalmente, todo esto abre posibles retos al trabajo del historiador, no sólo en este contexto de saturación de memoria, sino en el que está dado en los nuevos soportes de archivación, frente a todas las conmemoraciones, en el levantamiento de los nuevos monumentos, de cara a las exposiciones museográficas, en todos los revisionismos historiográficos, en suma, en medio de los archivos, sus manipulaciones técnicas y el modo en el que refiere, bajo una compulsión de repetición, el acontecimiento. 

Referencias

Blumenberg, H., 1995. *Naufragio con espectador*. Madrid: Machado Libros.

_____, 2003. *Paradigmas para una metaforología*. Madrid: Editorial Trotta.

Derrida, J., 1997. *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Editorial Trotta.

_____, 1998. “La *différance*”. *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Derrida, Sussana y Nouss, 2006. *Decir el acontecimiento, ¿es posible?* Madrid: Arena Libros.

Dufourmantelle, A., 2015. *Elogio del riesgo*. México: Paradiso Editores.



Fragio, A., 2016. *Metáforas de la subjetividad en la psicología del siglo XIX y otros ensayos.* Ariccia: Aracne Editrice.

_____, 2017. “Una epistemología histórica de la ecología matemática”. En Norma Durán R. A. (coord.), *Epistemología Histórica e Historiografía.* México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2017.

Freud, S., 2015. *Más allá del principio de placer. Manuscritos inéditos y versiones publicadas.* Buenos Aires: Mármol/Izquierdo Editores.

Green, A., 2014. *¿Por qué las pulsiones de destrucción o de muerte?* Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Laplanche, J. y Jean-Bertrand Pontalis, 2004. *Diccionario de Psicoanálisis.* Buenos Aires: Paidós.

Nava, R., 2015. *Deconstruir el archivo. La historia, la huella, la ceniza.* México: Universidad Iberoamericana.

_____, 2018. “El archivo desde las diferencias tópicas entre represión y supresión”. En Miguel Hernández Fuentes *et al.* (coords.), *Más allá de lo disciplinario: enfoques teóricos, historiográficos y metodológicos para el estudio del pasado.* México, Universidad de Guanajuato.

Pereña, F., 2002. *El hombre sin argumento. Una introducción a la clínica psicoanalítica.* Madrid: Editorial Síntesis.

Robin, R., 2012. *La memoria saturada.* Buenos Aires: Waldhuter Editores.

